



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 3, 5 de octubre de 2016. ISSN 2408-445X

Entre nodos y nudos: ambivalencias emocionales en la migración transnacional. Una aproximación etnográfica a las emociones a partir de familias transnacionales entre Bolivia y España

Tania González-Fernández*

Fecha de recepción: 30-03-2016

Fecha de aceptación: 18-04-2016

Resumen: A partir de un trabajo de campo etnográfico multisituado entre Bolivia y España, este artículo analiza cómo se reconfiguran los vínculos familiares que mujeres migrantes de mediana edad mantienen en un contexto de migración transnacional. La migración transnacional genera emociones ambivalentes tanto entre quienes se van como entre quienes se quedan. Las personas entrevistadas manifiestan repetidamente sentimientos contradictorios de culpa, orgullo, tristeza y satisfacción que se entremezclan con significativos silencios, demandas y expectativas. En esta ocasión, el principal objetivo es visibilizar la fuerte carga emocional que impregna las relaciones familiares en la distancia, y ejemplificar cómo la dimensión emocional se articula con otras variables como son las responsabilidades de cuidados, el ciclo familiar, las construcciones de género o las relaciones intergeneracionales.

Palabras clave: Familias transnacionales, emociones, cuidados, migración transnacional, reflexividad.

Title: Between nodes and knots: emotional ambivalence in transnational migration. An ethnographic approach to emotions in transnational family relations between Bolivia and Spain.

Abstract: Drawing on multi-sited ethnographic fieldwork carried out in Bolivia and Spain, this article explores the reconfiguration of family relations maintained by middle-aged migrant women in a context of transnational migration. Indeed, transnational migration triggers contradictory feelings for those leaving and for those who stay behind. The individuals interviewed repeatedly express mixed feelings of guilt, pride, sadness and satisfaction, often interwoven with meaningful silences, demands, and expectations. In this particular instance, the aim is to visibilize the emotional dimension inherent in family relations at a distance to demonstrate how migration is also affected by the weight of care responsibilities, the family life course, gender roles, or intergenerational relations.

Keywords: Transnational families, emotions, care, transnational migration, reflexivity.

* Candidata doctoral. Departamento de Antropología Social, Universidad de Estocolmo. Suecia. E-mail: tania.gonzalez@socant.su.se

Introducción

Este artículo centra su atención en la dimensión emocional de las relaciones familiares mantenidas en la distancia y en las fuertes ambivalencias de los sentimientos experimentados en el marco de la migración transnacional a partir de un estudio de caso entre Bolivia y España¹. La base empírica es el resultado de un trabajo de campo etnográfico, longitudinal y multisituado que se desarrolló tanto en los lugares de origen como de destino. Sin priorizar unos vínculos de parentesco o afinidad sobre otros, el objetivo de esta investigación ha sido rastrear estos mapas afectivos que se mantienen activos a pesar de la distancia geográfica a lo largo del proyecto migratorio. En esta ocasión, no sólo pretendo visibilizar la fuerte carga emocional que impregna las relaciones familiares transnacionales, sino ilustrar a través de ejemplos etnográficos cómo la dimensión emocional se articula con otras variables como son las responsabilidades y obligaciones familiares, el ciclo familiar y curso de vida, las construcciones de género o las relaciones intergeneracionales. Y es que no sólo se mueven o desplazan las personas sino también sus posiciones al interior de las familias donde median desigualdades, conflictos y un constante renegociar de los afectos. En otras palabras, este trabajo es un intento de poner el foco sobre las emociones que suele desencadenar el hecho migratorio y la vida familiar transnacional entre sus distintos miembros -hayan migrado o no-, revelando así complejos sentimientos que se caracterizan por su ambivalencia y por la simultaneidad con la que operan emociones en apariencia contradictorias.

El presente trabajo está estructurado en cuatro bloques. En el primero de ellos contextualizo la migración boliviana hacia España que se destaca por ser un flujo altamente feminizado, muy acelerado y de más reciente llegada respecto a otras migraciones procedentes de Latinoamérica. Menciono el impacto que la crisis económica ha tenido en los proyectos migratorios de las familias bolivianas y en sus planes de retorno. A continuación, en una segunda parte, desarrollo brevemente el marco teórico en el que se inscribe mi investigación, principalmente planteo cómo abordar la dimensión emocional de la vida familiar transnacional desde las perspectivas de circulación de los cuidados, ciclo familiar

¹ Este artículo se ha elaborado a partir de la comunicación presentada en el VIII Congreso sobre Migraciones Internacionales en España (Granada, 16-18 de septiembre de 2015).

y curso de vida. En la tercera parte del texto señalo algunos de los aspectos emocionales que impregnan estas relaciones familiares transnacionales a partir del flujo migratorio Bolivia-España. En esta ocasión me centro en los sentimientos contradictorios de culpa y orgullo/satisfacción que experimentan simultáneamente las mujeres migrantes entrevistadas en relación con la provisión de cuidados a sus familias en origen, la dificultad que supone para ellas elaborar un proceso de duelo en la distancia cuando fallece algún familiar cercano, el estado de espera en el que viven quienes se han quedado en Bolivia, y por último los intensos silencios que permean estos circuitos. Por último, el texto concluye con unas notas finales que buscan avivar un debate sobre la conveniencia de incorporar a la práctica antropológica las emociones de quién investiga. En tanto que nuestra emocionalidad impregna nuestro trabajo al igual que lo hacen nuestras posiciones de género, clase, etnia/raza, o sexualidad, esta apuesta por una reflexividad emocional aboga por la necesidad de pensarnos –y nombrarnos- como investigadoras vulnerables que no sólo investigan sino que transitan espacios y vínculos de intimidad. ¿Cuáles son las implicaciones metodológicas de hacer una etnografía sobre (y con) las emociones? ¿Hasta qué punto deberían nuestras propias emociones, tal y como las vivenciamos durante el trabajo de campo, ser parte explícita en nuestros textos o permanecer secretamente selladas en nuestras notas de campo?

Nota metodológica

En esta investigación doctoral aún en curso tomo como caso de estudio las configuraciones afectivas de nueve redes familiares transnacionales con las que he podido trabajar a lo largo de más de doce meses de trabajo de campo multisituado en España y Bolivia (Marcus 1995, Hannerz 2003). El punto de arranque de esta investigación vino de la mano de mujeres migrantes de mediana edad (entre 45 y 60 años) que habían llegado a España procedentes de Bolivia entre los años 2000 y 2007. Mujeres con distintas situaciones familiares y trayectorias vitales que actuaron como punto nodal, interfaz o pivote (Baby-Collin; Cortes y Sassone, 2008) de esas redes afectivas que yo traté de rastrear durante meses siguiendo la noción de campo geográficamente discontinuo (Hage 2005). Todas las mujeres migrantes entrevistadas provenían de núcleos urbanos,

con una formación académica media-alta y una situación económica que las ubicaba dentro de la clase media o media-baja en Bolivia. En su mayoría pertenecían a familias de origen quechua, aunque éstas no residían en contextos rurales sino urbanos o periurbanos -en muchos casos resultado de la migración campo-ciudad de la generación anterior-.

En total pude realizar 50 entrevistas en profundidad a distintos miembros de estas familias y 10 entrevistas complementarias con otros actores sociales (fundamentalmente asociaciones de migrantes y organizaciones no gubernamentales). Las entrevistas fueron realizadas primero en España, en la ciudad de Madrid, entre septiembre 2013 y abril 2014; y a continuación en Cochabamba, Sucre y Santa Cruz entre abril y septiembre 2014. Aunque es importante subrayar que los vínculos transnacionales que mantenían las familias casi siempre trascendían la hipotética dicotomía entre origen y destino. Al interior de cada red familiar extensa se entrevistó a personas migrantes, reagrupadas, no-migrantes, y retornadas con distinto grado de parentesco entre sí, lo que supuso cubrir cuatro generaciones en un rango de edad entre 14 y 89 años. Todo ello resultó en más de 100 horas de audio-grabaciones, a lo que se suman numerosos episodios de observación participante, y un sin fin de notas que fueron recogidas en mi diario etnográfico.

La decisión de trabajar con familias de mujeres de mediana edad la tomé con el objetivo de visibilizar la relevancia del momento vital en el que se produce la migración a la hora de analizar tanto sus causas como sus posibles efectos a nivel emocional. Mostrar cómo se articulan las variables de género, edad y situación familiar (entre otras) en la configuración transnacional de los cuidados permite ilustrar que las necesidades, obligaciones y expectativas tanto de dar como de recibir cuidados no sólo van cambiando a lo largo de la vida, sino que a veces se superponen e incluso entran en contradicción.

En última instancia fueron las propias personas las que en el transcurso de la investigación dibujaron su mapa afectivo, allá dónde se extendían –y en ocasiones enmarañaban- sus afectos. Por mapa afectivo me refiero al conjunto de personas (en este caso dentro del ámbito familiar) con las que cada entrevistada mantenía una relación estrecha y en activo a pesar de la distancia, a quienes se sentían más unidas, por quienes sentían una mayor preocupación, pero también por quienes se sentían más cuidadas. En vez de dar por supuesto que con determinados miembros de la familia mantendrían lazos afectivos

fuerzas, quise dejar que fueran ellas mismas las que dibujaran ese mapa, partiendo más de lo afectivo –y del cuidado efectivo tanto que daban como que recibían- que del parentesco. Mi tarea fue aprender a leer esos mapas tan complejos para así poder empezar a desplazarme por el (siempre) resbaladizo territorio de las relaciones familiares.

La feminización de la migración boliviana hacia España. Las primeras en llegar, ¿las últimas en irse?

Si bien Bolivia tiene una larga historia migratoria, la abrupta irrupción de España como país de destino a comienzos de los años 2000 supuso un punto de inflexión. La migración boliviana se había dirigido tradicionalmente hacia países limítrofes como Argentina o hacia Estados Unidos, pero en ambos contextos se atravesaban fuertes periodos de cambio que terminaron por reconfigurar y redireccionar estos flujos. Mientras que en Estados Unidos se implantaba una política de securitización y endurecimiento del control migratorio a raíz de los atentados del 11 de septiembre del 2001, en la vecina Argentina estallaba la crisis económica. Estos dos escenarios forzaron la búsqueda de nuevos destinos en Europa, especialmente hacia España, que por aquel entonces estaba inmersa en una fase de crecimiento económico. Sin embargo, esto no significa que quienes en su momento migraron a Argentina fueran necesariamente las mismas personas, ni con los mismos perfiles, que quienes dieron el salto a Europa.

Este nuevo patrón migratorio se caracterizó por la combinación de tres elementos: una fuerte feminización, aceleración y (peri)-urbanización. De acuerdo con el investigador Alfonso Hinojosa (2009) este modelo establecía una continuidad –y no ruptura- con experiencias previas de movilidad que se enmarcan en una cosmovisión espacio-céntrica de las sociedades andinas. Prácticas y estrategias de supervivencia que pueden llegar a remontarse a tiempos pre-hispánicos y han terminado por conformar un “habitus migratorio” (Hinojosa, 2009: 18). Las redes sociales y familiares jugaron un papel fundamental en la búsqueda de nuevos destinos transnacionales dinamizando estos circuitos migratorios. Desde Argentina se aceleró especialmente este proceso, y se puso de manifiesto el potencial de dinámicas migratorias multipolares (Hinojosa, 2008). Es así que se dan procesos de segunda –o incluso

tercera- migración que además suponen la incorporación a la cadena migratoria desde áreas urbanas o peri-urbanas hacia el exterior de quienes antes habían sido migrantes campo-ciudad (Hinojosa, 2008).

Por otro lado, las mujeres –tal y como ha sucedido en otros flujos migratorios procedentes de países latinoamericanos hacia España- pasaron a jugar un papel protagonista. Más allá de representar cierta mayoría numérica, fueron ellas quienes encabezaron estos procesos migratorios, convirtiéndose así en el primer eslabón de la cadena migratoria (Pedone, 2006). Ello hizo que las redes sociales y familiares también se feminizaran, y que desde España unas promovieran la migración de otras en lo que Carmen Ledo denomina el efecto “llamada a las hermanas” (2014: 112). En contraste a las migraciones regionales y hacia Estados Unidos que habían sido tradicionalmente protagonizadas por varones, España atrajo una mayor proporción de mujeres solas, muchas de ellas mujeres-madre (Román, 2009). Sin embargo, autoras como Tanja Bastia (2014) recalcan que esas otras movilidades también habían comenzado a experimentar cierta feminización, por lo que la migración de mujeres hacia otros países de la región –especialmente hacia Argentina- debería de considerarse como importante “formadora” de las migrantes que luego salieron hacia España.

En el transcurso de la primera década del siglo XXI España se convirtió así en destino preferente de la migración boliviana, incluso llegando a alcanzar cuotas que superaban la presencia de nacionales en Estados Unidos, y que situaban a España como el segundo destino migratorio por detrás de Argentina. Según datos del Instituto Nacional de Estadística² si en el año 2000 el número de personas de origen boliviano empadronadas en España apenas superaban las dos mil, al 1 de enero de 2008 la cifra ya se había multiplicado por cien.

Los efectos de la crisis. Entre un retorno escalonado y selectivo, y el (re)surgir de nuevas movilidades

A partir del 2008, con el estallido de la crisis económica, que fue especialmente acuciante en los países del sur de Europa, se inicia un nuevo periodo dentro del sistema migratorio Europa-América Latina (Sassone y Yépez,

² En el año 2000 eran 2.117 las personas de nacionalidad boliviana residentes en España, en 2011: 191.583, en 2014: 150.703, y al 1 de enero de 2016, 115.165 de las cuales un 58% son mujeres. Para más información ver enlace: <http://www.ine.es>

2014). Como parte de estas transformaciones, la configuración geográfica del campo migratorio boliviano se ha reorientado hacia otros despliegues espaciales, bien hacia nuevos destinos –que más que en el espacio Schengen se localizan fundamentalmente en el Cono Sur- o hacia viejos destinos que ahora se reactivan (Baby-Collin y Cortes, 2014).

Desde abril del 2007, con la entrada en vigor del visado especial para los nacionales de Bolivia, no sólo disminuyeron considerablemente las entradas sino que comenzó a invertirse la tendencia. Más de 20.000 personas de nacionalidad boliviana abandonaron el país entre los años 2007 y 2008 (Gadea Montesinos, 2012). La pérdida de empleo y las consecuencias que acarrea para la economía de las familias aparecen como las principales motivaciones para retornar (ACOB, 2011). Varios informes³ coinciden en destacar cómo el desempleo afectó especialmente al colectivo de trabajadores extranjeros, y en mayor medida a la población masculina. A los efectos de la crisis y el desempleo, hay que sumar la situación de irregularidad en la que aún se encontraba una gran parte del colectivo boliviano por lo reciente de su llegada al país (Jones y De la Torre, 2011). Sin embargo, distintos estudios señalan que la mayoría opta por permanecer en España. En una encuesta sobre “Retorno y Circularidad” realizada en 2012 a migrantes procedentes de Bolivia residentes en Madrid y Barcelona, un 32,5% de las personas encuestadas manifestaba su intención de regresar a Bolivia en el corto plazo, mientras que un 57.8% planeaba quedarse y un 5% declaraba tener la intención de desplazarse a terceros países, principalmente Argentina y Chile (Parella; Petroff y Serradell, 2014). Para Tanja Bastia (2011) esta negativa a retornar a Bolivia está relacionada con la introducción del visado en 2007, lo que limita considerablemente las opciones de un posible regreso a España en el futuro. La autora sostiene que son las políticas actuales de restricción a la movilidad las que, lejos de actuar como elemento disuasorio para la migración, están fomentando la permanencia en los lugares de destino.

En los casos en los que sí se produce el retorno, regresar a Bolivia puede significar una etapa transitoria. Este retorno cíclico (De la Torre, 2014), moviéndose que se suceden o incluso superponen, hace parte de la historia de idas y venidas del país (Hinojosa; Pérez Cautín y Cortés Franco, 2000). Si bien en muchos casos las redes familiares optaron en su momento que fueran las

³ Ver entre otros Fundación Encuentro 2011, Colectivo IOÉ 2012.

mujeres quienes encabezaran el proyecto migratorio, en la actualidad no es difícil encontrar situaciones que revelan una estrategia de retorno escalonado y selectivo (Pedone; Echeverri y Gil, 2014) que está siendo diseñada –y negociada– a la inversa. A este respecto, se observan retornos escalonados entre los distintos miembros de las familias según su estatuto legal y su inserción laboral (Yépez y Marzadro, 2014). Este retorno por fases, denominado *desreagrupación*, supone el regreso al país de origen del cónyuge desempleado y de algunos o todos los hijos e hijas que hubieran sido reagrupados (Fundación Encuentro, 2011).

Por otro lado, es necesario destacar que estos retornos son procesos generizados. En primer lugar, porque pese que las mujeres representan un mayor porcentaje de la población boliviana residente en España, el 61% de las solicitudes de acogida al programa de retorno voluntario fueron realizadas por varones (Bastia, 2011). Y en segundo lugar, porque tanto los motivos como las emociones que condicionan la decisión de retornar están fuertemente imbricados en los roles y desigualdades de género que operan dentro de las familias, lo que hace que en muchos casos las mujeres condicionen su retorno más que a motivos económicos a la situación familiar y a la organización de los cuidados en origen (Martínez Buján, 2015).

La crisis económica tuvo un fuerte impacto en el sector de la construcción, donde se insertaban la mayoría de los hombres migrantes de origen boliviano, mientras que las mujeres lo hacían –y continúan haciendo– en el trabajo de hogar y de cuidados, que si bien también padece las consecuencias de la recesión sigue generando empleo aunque a menor ritmo y con mayores dosis de precariedad. Pese a los años de estancia en España, la experiencia y formación adquiridas, y una actual situación de regularidad (que en algunos casos se traduce incluso en la adquisición de la nacionalidad española), se da la paradoja de que muchas mujeres ahora ganan menos –incluso trabajando más horas– que cuando llegaron al país. Algunas han tenido que volver al régimen de internas⁴, en una suerte de carrera laboral invertida, pero logran mantenerse con empleo o incluso combinar varios porque uno ya no es suficiente, y menos aún si ese

⁴ Régimen de internas (“cama adentro”) indica que las trabajadoras residen en el mismo hogar particular en el que trabajan, ya sea realizando tareas domésticas, de cuidados a personas dependientes, o ambas. También existe la posibilidad de trabajar por horas (como externa) en distintos hogares, pero durante la crisis este tipo de contratación disminuyó, especialmente entre las mujeres migrantes.

salario es el único en un hogar de varios miembros. España es un país con la tasa de desempleo disparada –según datos de la Encuesta de Población Activa (EPA) la tasa de paro llegó a superar el 26% a comienzos de 2013-, pero también de envejecimiento. Una crisis económica tal vez pueda paralizar las bolsas internacionales y los mercados financieros pero no la vida, que sigue, y necesita ser sostenida (Carrasco, 2001).

Nuevas aproximaciones en el estudio de las familias transnacionales

La circulación de los cuidados desde una perspectiva de ciclo familiar y curso de vida

En 2002 Deborah Bryceson y Ulla Vuorela definieron a las familias transnacionales como entidades multi-locacionales que, pese a la dispersión geográfica de sus miembros, son capaces de generar y mantener un sentimiento de unidad y bienestar colectivo más allá de fronteras nacionales. Estas familias - como muchas otras que viven en proximidad- suelen articularse en torno a roles generizados, así como a expectativas y obligaciones asimétricas (Carling; Menjívar y Schmalzbauer, 2012). Las variables sociales y económicas de cada contexto son elementos indispensables a incorporar en estos análisis, puesto que “los costes y beneficios no son fijos sino que varían según el contexto del país, la familia tipo, las prácticas de crianza y paternidad/maternidad, y los significados dados a tales separaciones en los discursos públicos y privados” (Zentgraf y Stoltz, 2012: 360)⁵.

Recientemente han surgido trabajos que enfatizan la importancia de atender al momento vital y edad de la persona migrante –junto al género y otras variables- en el que se produce la separación para comprender cómo ésta puede afectar a la configuración familiar (Clark; Glick y Bures, 2009). La diversidad de vínculos sobre los que se construyen las redes familiares tiende a superar los límites del hogar nuclear en que dos generaciones co-residen (Wall y Bolzman, 2014), mientras que los roles familiares y las posiciones que cada quien ocupa, lejos de ser fijos van cambiando a lo largo de la vida. La ausencia de un vínculo

⁵ Para todas las citas textuales escritas originalmente en inglés usaré mi propia traducción.

concreto genera un vacío de cuidado, lo que Jessaca Leinaweaver denomina "*care slot*" (2010:69). Este concepto, en la medida que no privilegia un vínculo de parentesco sobre otros, permite análisis simultáneos y multigeneracionales, al tiempo que visibiliza necesidades de cuidado que van más allá de la atención a menores, y expectativas/obligaciones de proveer cuidados que se superponen. En última instancia, las movilidades de estas familias no se limitan a un mero desplazamiento físico o geográfico –único y por tanto fijo en el tiempo- sino que se despliegan en espacios y tiempos en constante mutación.

En esta línea considero revelador el marco teórico de circulación del cuidado que proponen Loretta Baldassar y Laura Merla (2014), y que definen como "el intercambio recíproco, multidireccional y asimétrico de cuidados que fluctúa en el transcurso de la vida dentro de redes familiares transnacionales" (Baldassar y Merla, 2014: 22). Para las autoras es imprescindible pensar la migración en términos de ciclo de vida familiar, así como ampliar nuestra manera de entender la organización familiar, de modo que concepciones normativas del cuidado, entendido exclusivamente como una actividad que se realiza en la proximidad física, queden cuestionadas. Desde este enfoque teórico, el intercambio de cuidados —aunque en muchos casos desigual y fuertemente generizado— es otro modo de "hacer familia" que sostiene y alimenta los sentidos de vinculación y pertenencia a través de redes intergeneracionales de reciprocidad y obligación. Por otro lado, apuntan que las denominadas "cadenas globales de cuidado" (Hoschild, 2000: 131; Parreñas, 2001 y Yeates, 2004) tienden a limitar estos intercambios a relaciones de pares –o diadas- que se sitúan en los dos extremos de la cadena migratoria, y a centralizar en exceso sus análisis en la mercantilización de los cuidados. Argumentan así que este nuevo marco de circulación es más adecuado para destacar el hecho de que las movilidades de cuidados son multidireccionales, pueden ocurrir simultáneamente y diacrónicamente, y van más allá de la cadena de intercambio migrante/no migrante. Pero no sólo los cuidados están en circulación sino también las emociones que éstos activan, sostienen o alimentan. Es así que a partir de la propuesta de Baldassar y Merla tomo la idea de circulación para justificar la necesidad de un enfoque que también atienda a la dimensión emocional como parte inherente en las relaciones transnacionales. Sin duda las emociones y los sentimientos que experimenta cada quien –haya migrado o no- también se mueven más allá de las relaciones dicotómicas entre pares y de dos puntos

espaciales determinados; y además, tal y como sucede con los cuidados, tampoco se dan con la misma intensidad a lo largo de todo el proyecto migratorio.

La dimensión emocional en la migración. ¿Cómo incorporar los afectos?

“En tanto que las personas se desplazan de sus hogares –o de hecho, entre ‘hogares’- las emociones en sí mismas están en movimiento”
(Boccagni y Baldassar, 2015: 74).

A mi entender, el desafío (tanto teórico como metodológico) pasa por incorporar las emociones en los estudios migratorios, y más concretamente en las investigaciones sobre familias transnacionales. Comparto con Zlatko Skrbis (2008) la opinión de que pese a que ciertas investigaciones abordan la dimensión afectiva y emocional, la tarea de generar un cuerpo teórico consistente sigue pendiente. Los procesos de migración transnacional nos ofrecen una valiosa oportunidad para explorar las emociones en cuanto éstas se articulan con vínculos de parentesco, obligación y reciprocidad (Baldassar, 2015). No hablamos aquí de un aspecto secundario o insignificante, sino de un elemento central de la migración internacional (Conradson y McKay, 2007), puesto que impregna el hecho migratorio en todas sus fases, comenzando por la propia decisión de migrar. Sin embargo, la centralidad de esta dimensión no se ha puesto en valor a la hora de analizar las formas de vida transnacional. Un ejemplo de su relevancia podría ser el impacto emocional que pueda tener, tanto para quienes migran como para quienes permanecen en origen, atravesar ciertos momentos vitales lejos de su red de afectos. En esta lógica, las emociones no deberían simplemente considerarse como un factor explicativo de ciertas particularidades de la vida familiar transnacional al que recurrir de manera puntual, sino que las emociones “necesitan ser vistas como parte constitutiva de la propia experiencia de la familia transnacional” (Skrbis, 2008: 236).

Siguiendo a Maruska Svasek (2008, 2010), las emociones son procesos dialógicos con nuestro entorno, tanto humano como no-humano, en el que las personas experimentan, moldean e interpretan el mundo a su alrededor, anticipan acciones futuras y reconfiguran su propia subjetividad. Se trata así de una dinámica bidireccional en la que la persona genera impresiones en aquellos

otros sujetos con las que interactúa y a la inversa (Ahmed, 2004). En tanto que las emociones son discursos, prácticas y experiencias corporales, se necesita una aproximación multinivel para su correcto análisis (Svasek, 2010) que tenga en cuenta el carácter contextual, no únicamente de nuestros modos de manifestar – o reprimir/silenciar- una determinada emoción, sino del propio hecho de sentirla. Es decir, por qué se nos despierta un sentimiento y no otro, cómo lo vivenciamos, y de qué modo le damos (o no) forma y expresión tiene que ver con construcciones y normas sociales –o lo que Hochschild denomina "*feeling rules*" (1983: 56)- que están atravesadas fuertemente por la etnicidad, la clase, y el género, entre otras variables (Luz y White, 1986).

Distintas ramas de las ciencias sociales se han encargado en demostrar el valor que adquieren las emociones en innumerables dimensiones de la vida humana⁶. En tanto que ciertas emociones están directamente relacionadas con aspectos de la migración, los procesos emocionales también hacen parte de la movilidad humana (Svasek, 2010). Como ejemplo están los sentimientos "*longing for*" o "*missing*" (Baldassar, 2008) aplicables tanto hacia personas como lugares, y que pueden manifestarse a través de palabras (discursivamente), cuerpos (físicamente), acciones (prácticas) o ideas (imaginarios). La experiencia migratoria suele liberar un torbellino de sentimientos contradictorios dado que quienes migran tienen que hacer frente simultáneamente a presiones morales que provienen de distintas redes sociales dispersas en el espacio (Svasek, 2008). Una vez más es importante precisar que esta "ambivalencia emocional" (Boccagni y Baldassar, 2015: 76) no sólo la experimentan quienes migran, sino también quienes se quedan. Tomando prestada la idea de "balsa de emociones" de Ann Brooks y Ruth Simpson (2013), se trata de una balsa que debe aprender a mantenerse a flote cargada –y a menudo sobrecargada- de emociones y sentimientos que a veces entran en diálogo, y otras en disputa y contradicción.

Rastreado mapas afectivos entre Bolivia y España: apuntes a partir de un estudio de caso

⁶ Para una revisión del estudio de las emociones desde la Antropología ver Wulff, 2007 y desde la Sociología ver Turner y Stets, 2005.

*Entre el orgullo y la culpa. "La culpa va con el género, es el acompañamiento permanente"*⁷

El acto de migrar con frecuencia genera un sentimiento de culpa entre quienes se van, culpabilidad que a su vez puede promover que se preste especial atención a las responsabilidades transnacionales de cuidados como forma de reforzar lazos con los lugares de origen (Baldassar, 2015). Este sentimiento está atravesado por estructuras de parentesco, por una construcción normativa de la familia y las obligaciones de cuidados, pero también por las posibilidades de acceso a determinados servicios a nivel estatal y local en las sociedades de origen (Herrera, 2013). Esta concepción de la familia que está impregnada de fuertes desequilibrios de género también se erige sobre determinados roles generacionales, lo que puede ocasionar una culpabilidad creciente según avanza el envejecimiento de los padres y madres en origen. La provisión de cuidados en la distancia provoca fuertes sentimientos contradictorios y tensión en el nivel emocional en las mujeres migrantes: culpabilidad, tristeza y frustración por no poder estar; frente al orgullo y satisfacción de saber que su aporte económico es determinante a la hora de mejorar el bienestar de sus seres queridos en Bolivia, especialmente en momentos de crisis como una enfermedad grave. Esa situación es precisamente la que tuvo que enfrentar Febe que costó todo el tratamiento médico de su padre desde Madrid hasta que éste finalmente falleció:

(...) pues en parte me sentía mal de no poder estar allí a su lado, pero en parte me sentía bien porque estaba ayudando, podía hacerlo, y a veces yo misma me valoraba y decía: "mira, estoy haciendo algo" (...) Yo me siento feliz por eso porque, ¿qué hubiera sido de mi padre si no hubiéramos tenido medicamentos para comprarle? [...] Mi padre se alegraba de que yo haya venido aquí, y le decía a mi madre: "Si no fuera ella, ¿pues qué hubiera sido de nosotros, *vieja*?" (Febe⁸, 48 años, marzo 2014, Madrid).

Durante mi trabajo de campo en Madrid, me encontré con numerosos casos en los que las mujeres eran las principales proveedoras económicas de sus

⁷ La culpa va con el género (...) Se culparán siempre de haber dejado sus niños. Si eran pequeños porque eran pequeños, si eran adolescentes porque eran adolescentes, si eran mayores porque eran mayores. Se culparán si se muere su madre porque ella no estaba allí. Se culparán. La culpa lo abarca todo (...) la culpa es el acompañamiento permanente (Coordinadora de un centro de día para mujeres migrantes, Madrid, abril 2014).

⁸ Los nombres de las personas entrevistadas son ficticios y fueron elegidos por ellas mismas para mantener su anonimato.

hogares –si no las únicas- desde antes de producirse la migración (varias estaban divorciadas, viudas, eran madres solas, o solteras sin hijos/as), y casi todas se encontraban a cargo de un elevado número de personas de su red familiar extensa. Por lo tanto, no fue la migración lo que necesariamente las convirtió en proveedoras, sino que como “jefas de hogar” (Oso, 1998) buscaron mejores oportunidades económicas encontrando en la movilidad transnacional un medio.

Contrarrestar su ausencia y la dispersión familiar se torna una preocupación constante. Mantener contacto con sus familiares en origen con cierta regularidad es la práctica más común, a lo que se añade el envío de remesas, regalos o cartas, y las visitas a Bolivia que suelen realizarse en periodos muy espaciados (debido a la situación administrativa, laboral, o por lo costoso del viaje). En los casos en los que se han producido retornos escalonados y algunos de los hijos e hijas se niegan a retornar, la incapacidad de proyectar una vuelta a la situación pasada donde todos los miembros de la familia vivían en proximidad acentúa la culpabilidad o incluso despierta sentimientos de frustración y angustia por no poder atender simultáneamente responsabilidades de cuidado que se superponen como, por ejemplo, ser madres en destino e hijas en origen. Sin embargo, es importante resaltar que la culpa se entremezcla con otros sentimientos como la satisfacción de poder ayudar económicamente a través del envío de remesas, y que por tanto nunca está libre de matices ni contradicciones que se vivencian simultáneamente.

Por otro lado, los imprevistos en origen (especialmente enfermedades y fallecimientos) dejan un fuerte impacto emocional. Las que tuvieron que atravesar por estos momentos tan críticos desde la distancia aseguran que no estaban preparadas para enfrentar esas circunstancias. Congelar en el recuerdo todo lo que se deja atrás (lugares, paisajes, personas, afectos) se revela como una estrategia de supervivencia emocional. Un intento de negar que pese a no estar la vida sigue su curso, y que la muerte –irremediabilmente- hace parte de su discurrir.

Envejecimiento y muerte: sobre el proceso de elaborar un duelo en la distancia

La muerte de seres queridos en origen durante el curso de la migración ha sido un tema muy poco estudiado hasta la fecha. Sin embargo, para quienes han atravesado por esa experiencia, ésta suele representar un punto crítico de su estancia en España. Como señala Olena Fedyuk (2009), el fallecimiento de un familiar en origen representa todas las pérdidas que acontecen a lo largo del proceso migratorio (la pérdida de tiempo, intimidad familiar, salud y juventud entre otros aspectos).

Todas las personas con las que pude conversar que habían experimentado la muerte de un familiar cercano desde la distancia hablaban de la necesidad de sentir que se habían podido despedir. Cada quien trataba de elaborar esa despedida en la medida de sus posibilidades (según medios económicos y situación administrativa), por lo general viajando a Bolivia y haciendo coincidir esa visita con alguna de las fases del ritual de despedida que se celebraba en sus lugares de origen. Si la persona siente que no ha tenido la oportunidad de despedirse de su ser querido, la elaboración del duelo se complica; algo que de por sí ya es muy difícil en el contexto migratorio al tener que atravesar ese proceso tan lejos de los recuerdos y lugares comunes. Como bien explica la responsable del área psicológica de un centro de atención a población migrante en Madrid:

Esas situaciones normalmente son duelos enquistados, o sea que no se pueden elaborar, se quedan ahí (...) no estás en el contexto que te recuerde a esa persona, porque parte también de lo que te ayuda a elaborar el duelo es darte cuenta cotidianamente que esa persona no está (Responsable del Área Psicológica de un centro de atención a población migrante, febrero 2014, Madrid).

La narración de esas pérdidas –describir cómo sucedió, quién les avisó, si pudieron viajar o no para el funeral- es seguramente el momento más emotivo que se produjo durante las entrevistas. Aunque no siempre se trataba de un fallecimiento reciente hablar de ello reactivaba emociones intensas. El caso de Waira y su hermana Esmeralda ilustra lo difícil de elaborar un duelo a la distancia, y como para ellas el hecho de estar juntas en Madrid compartiendo lo que para ambas representaba el fallecimiento de su padre, de algún modo les ha servido de ayuda durante el proceso. Su caso es un claro ejemplo de que la distribución de los cuidados no es unidireccional y dialógica –siempre entre dos

nodos que son el país de origen y destino- sino que los cuidados circulan y se despliegan en distintos contextos e intensidades.

Waira y Esmeralda eran dos hermanas inseparables. Fue a Waira a la que conocí primero, era octubre del 2013 y ella tenía 50 años. Llevaba separada de su marido desde el 2003, y en 2006 se había decidido a emigrar a España llevándose con ella a su hermana menor. Más que como una migración ambas describían su proceso como una huida, y es que Esmeralda llevaba años en una relación de pareja marcada por la violencia. Fueron sus padres quienes las ayudaron a migrar quedándose a cargo de las hijas menores de Esmeralda, por aquel entonces la menor de todas era apenas un bebé de seis meses. Waira, por su parte, tenía un hijo menor de 17 años que se quedó con su padre, mientras que sus tres hijas mayores vivían de manera autónoma repartidas entre Bolivia, Argentina e Italia. Estas hermanas trabajaban de internas al cuidado de personas mayores en el mismo barrio de la zona norte de Madrid, lo que les permitía verse con cierta frecuencia aunque fuera para escaparse juntas a hacer una llamada rápida desde el locutorio. Esmeralda aseguraba que su hermana mayor era su principal apoyo, y ambas reconocían que su relación se había estrechado por los duros momentos que les había tocado vivir tan lejos del resto de la familia, en especial la reciente muerte de su padre en el verano de 2013. Era frecuente escucharlas hablar de él, recordar anécdotas y emocionarse. Y es que por aquellos meses estaban dando los primeros pasos de un duelo que debían elaborar y transitar a la distancia. Lejos pero juntas, obligándose la una a la otra a recordar su muerte; recordatorio doloroso pero necesario, para así lograr aceptar una ausencia que de repente se había tornado definitiva:

¿Sabes que una vez tuve un sueño? Y ese sueño se ha hecho realidad. Mi sueño era que estábamos escapándonos de un terremoto y les dije: “¡papá, apure, papá, mamá!”, les estoy diciendo y la tierra se hundido y se lo ha tragado a mi papá (...) Y le cuento a mi hermana y le digo: “mira, yo he tenido este sueño”. “¡Ah, no pienses tonterías!”, me dice, “papá no se va a ir”. Y al poco tiempo, mi papá se ha ido. Hay sueños que a veces se cumplen, y ahora lo tengo con mi mamá (Waira, 50 años, abril 2014, Madrid).

Temporalidades divergentes: En espera(s) de...

En los relatos de las familias se articulan distintas concepciones del tiempo, así como modos de experimentar su transcurrir. Para quienes se quedan

en origen, la espera es ese estado que se activó en el momento de la emigración, porque en todos los casos está fue concebida como temporal. Una esperanza latente (y latiente), que no sólo habla del vínculo familiar que se tiene con la persona ausente –en términos de grado de parentesco- sino del vínculo emocional que existía antes de la separación, y de cómo esa proximidad afectiva se ha ido renegociando a lo largo del tiempo y la distancia.

En Bolivia, se suceden las demandas para que se produzca un retorno temprano y definitivo. Sin embargo, los motivos que impulsan esa petición (que a veces toma forma de demanda o incluso exigencia), así como los modos en los que se manifiesta, difieren significativamente. En los hijos e hijas adultas es frecuente encontrar un discurso marcado por la lógica familiar de reciprocidad intergeneracional. “Si nosotros ya estamos grandes, ¿por qué mi mamá no se vuelve?”, se preguntaba Rafael –el menor de cuatro hermanos- a sus 25 años con una mezcla de culpa y frustración. La semana antes de nuestra entrevista Rafael había celebrado el primer cumpleaños de su bebé, al que su madre aún no conocía. Cuando los hijos e hijas adultas tienen descendencia el deseo de tener cerca a sus madres se manifiesta con más fuerza, como si su ausencia supusiera una ruptura en el ciclo familiar –en el orden “natural” de las cosas- que ahora incorpora un nuevo rol de cuidadoras para ellas en tanto abuelas. Paradójicamente, ello también contribuye a que expresen una mayor aprobación por las decisiones que en su día tomaron sus progenitores (incluida la migración), como si su propia paternidad/maternidad les aportara una nueva perspectiva.

Por otro lado, los padres y madres de quienes migraron y que están en edades muy avanzadas describen con tristeza la imposibilidad de disfrutar de la compañía –y los cuidados en proximidad- de sus hijas durante la última etapa de sus vidas. Incluso llegan a establecer cierto paralelismo temporal entre su retorno a Bolivia y su propio fallecimiento:

Le vas a saludar, le vas a decir: “¡Bien está tu mamá!, más joven que vos”, vas a decir. Se va a reír mi hija (...) Ah, ojalá se vengan pues, para que me acompañe si quiera hasta la hora de mi muerte, no quiero morir más antes que ella vuelva. ¿Será que piensa venirse o no vendrá? Se va a venir, ¿no? (...) No, se vendrán siempre pues. Estará reuniéndose platita, entonces con eso para que se manden hacer su casita. A mí también me va a gustar ver todavía a mi hija y ver que la estoy dejando donde debe quedarse, entonces recién voy a irme

orgullosa, ¡bien alegre me voy a ir!, ¿no?, si se trata de irse... La voy a esperar todavía (Lucía, 86 años, junio 2014, Cochabamba).

Como bien ilustra el fragmento anterior, esa esperanza del reencuentro puede ser articulada por algunos familiares como prolongación de la propia vida, mientras que para otros esa misma espera significa tener la vida en pausa. Este es el caso de Alex, quien tras regresar a Bolivia después de casi una década en Argentina acordó con su hermana quedarse temporalmente al cuidado de la casa familiar y de sus padres para que ella también pudiera migrar. Desde entonces han transcurrido más de 12 años en los que Alex no sólo ha tenido que dejar de trabajar para proveer cuidados, sino que tampoco ha formado su propia familia. En la medida que piensa que tener una pareja estable o casarse es incompatible con su rol de cuidador, esto se ha convertido en motivo de conflicto con su hermana para que retorne:

(...) en lo último le dije: "Creo que ya es tiempo de que te vengas (...) Yo cualquier rato puedo casarme, puedo hacerme de familia y no sé cuánto tiempo puede estar la mamá conmigo" (Alex, 44 años, mayo 2014, Cochabamba).

Una red tejida de silencios. ¿Callar es cuidar(se)?

Callar se revela aquí como una estrategia para gestionar las relaciones familiares en la distancia a la que cotidianamente recurren tanto quienes han migrado como quienes han permanecido en origen. Las razones que cada quien argumenta para no-contar tienen que ver con la intención por evitar conflictos, por no preocupar a quienes están lejos, pero también por no decepcionar o mantener cierta autonomía en la toma de decisiones. Aunque es innegable que la distancia influye en que lo que se decide callar, cómo y por qué, no por ello supone una ruptura con una supuesta comunicación familiar intensiva y exitosa previa a la migración. En muchos casos las personas reconocen que los silencios y los conflictos ya estaban ahí, haciendo parte de su cotidianidad familiar; y más aún, que fueron incluso factor determinante de su decisión de migrar.

Pero entre silencios hay mucho dicho. Durante las entrevistas varias personas manifestaron que la distancia les había hecho (re)valorar sus relaciones afectivas, expresar emociones que nunca antes habían verbalizado, y que en cierto modo se habían estrechado sus lazos familiares. Por lo tanto, considero

que debemos ser muy cautos a la hora de valorar los silencios que atraviesan estos circuitos. Éstos no se pueden medir en función del número de veces por día/semana/mes que se comunican las familias, el tiempo de duración de esas comunicaciones o el medio que eligen para establecerla. Para mí resulta más significativo atender a quién inicia la comunicación, cuándo y por qué, sobre qué versan esas comunicaciones, y sobre todo las emociones que (las) activan. Porque como apunta Loretta Baldassar (2015), mientras en algunas personas ciertas emociones pueden actuar como motivación para mantener el contacto, en otros casos también pueden llegar a prevenirlas:

(...) y mi mamá me dice: "Yo ya estoy mayor y no sé si te voy a esperar a que vuelvas". Siempre me dice lo mismo, entonces por no escucharle decir eso un poquito me reprimo a llamarle, porque me siento también... no sé un poco, cómo te puedo decir, triste... Es que ella al ser mayor allá necesita de una compañía, de mi ayuda, y yo estoy aquí. Bueno, como dice ella por los centavos, pero es que son dos cosas tan distintas; no quiero perjudicarles por un lado a mis hijos y otra es mi mamá, que para mí significa mucho haberla dejado y siempre pido a Dios que no le pase nada mientras yo esté aquí porque me voy a sentir culpable [...] Y entonces tengo como partido el corazón (Marilú, 45 años, marzo 2014, Madrid).

A modo de cierre. Hacia una antropología de (y con) los afectos: una apuesta por la reflexividad emocional

"El encuentro de una entrevista es a menudo una experiencia cargada de emociones"
(Ryan 2008: 301).

Las movi­lidades intrínsecas a toda etnografía multisituada son extenuantes; cambiar de lugar geográfico significa también variar nuestras posiciones en el campo, esos lugares desde los que observamos y nos encontramos con otras gentes, pero también el modo en que éstas nos perciben. Además, en mi caso, este desplazarme transnacionalmente a través de redes familiares y vínculos afectivos supuso atravesar espacios de intimidad. ¿Cómo demarcar los límites de donde empieza y termina tu trabajo cuando tú misma devienes parte de esa circulación que quieres capturar?, ¿cómo medir con acierto el alcance de tu presencia en los dos contextos y el impacto de tus preguntas en otras vidas?, o más necesario aún, ¿cómo incorporar en nuestros análisis las emociones que nuestro trabajo activa y remueve en los sujetos que hacen parte de la investigación pero también en nosotras mismas?

No puedo negar que si algo se reveló como elemento vertebrador de mi trabajo de campo fue un elevado grado de emocionalidad. La intensidad de las emociones experimentadas –y compartidas- por todas las personas que hicimos parte de este proceso en algunos momentos fue desbordante. Pero una vez más el modo en qué las emociones se expresan en el contexto de una entrevista etnográfica, y que repito van más allá de las emociones de la persona entrevistada, es un tema poco abordado. El ejercicio académico de analizar la interrelación entre migración y emociones puede –y debe- convertirse en un proceso fuertemente reflexivo (Svasek, 2008).

Nuestra presencia como investigadoras –y la corporalidad de esa presencia- puede actuar como catalizador de las emociones que están en juego y generar un espacio privado e íntimo en el que las personas pueden permitirse la expresión física de sus emociones (Baldassar, 2008). Desde los primeros encuentros con las familias en origen comprendí que mi presencia (re)activaba una fuerte conexión entre espacios. Por supuesto esa conexión ya estaba establecida desde mucho antes de mi aparición, y llevaba años operando a nivel transnacional con intensidades variables. Sin embargo, mi llegada a Bolivia aportaba una nueva dimensión material y corporal. Y es que yo no sólo venía de allá –de España- cargada de regalos y objetos, sino que lo hacía en cierto sentido en nombre de alguien ausente. La carnalidad de un cuerpo presente y palpable, en este caso el mío, irremediablemente actuaba como disparador. Jamás olvidaré los abrazos que recibí a mi llegada –que mientras me apretaban a mí sentía que trataban de alcanzar otros cuerpos-, y también todos esos eventos familiares a los que yo pude asistir casi como una más. Se daba la (triste) paradoja de que determinadas ausencias posibilitaban mi presencia y me hacían en cierto grado partícipe inesperada de un proceso a través del cual esas conexiones adquirirían formas variadas, atravesaban nuevos cuerpos y se desplegaban en múltiples direcciones.

En el transcurso de la investigación hubo quienes experimentaron la entrevista –planteada siempre como un proceso abierto en el cual cada quien marcaba sus tiempos y sus ritmos- primero como búsqueda, después catarsis y finalmente alivio. “Hablar nos quita peso” me decía siempre María después de cada uno de nuestros encuentros en Madrid; afirmación que volvería a escuchar repetidamente a lo largo de todo el trabajo de campo, tanto en España como en Bolivia. Curiosamente la hija menor de María de tan sólo 20 años usaría sin

saberlo casi la misma expresión que su madre al término de su entrevista para describir el desahogo que le había producido la experiencia.

Puesto que hacemos parte activa de la dinámica emocional que se genera durante un encuentro etnográfico, sostengo que debemos reflexionar sobre ello y plasmarlo en nuestros textos –adquieran éstos forma de artículo, monografía o incluso tesis doctoral-, y no sólo en el ámbito privado (y por ello territorio seguro) de nuestro diario de campo. ¿Por qué nos cuesta tanto escribir sobre las emociones? ¿Y cómo podemos hacerlo de una manera responsable y conveniente que enriquezca nuestros análisis? Tal vez la respuesta pase por ese escribir vulnerable del que nos habla Ruth Behar (1996), y que simbólicamente describe como abrir la caja de Pandora por todo lo incierto que puede desencadenar esa otra escritura.

A mi entender, para explorar la dimensión emocional es crucial este posicionarse -y nombrarse- investigadora vulnerable; sujeto encarnado que siente y padece, cuerpo a la escucha. Es decir, una investigadora que no sólo está ahí para hacer preguntas sobre las emociones que otras personas experimentan en sus vidas, observar sus reacciones y teorizar sobre ello, sino que no reprime ni invisibiliza las suyas. Si ya se ha discutido ampliamente que nuestra propia subjetividad –incluyendo nuestras posiciones de género, sexualidad, edad, clase, raza/etnicidad- forma parte del proceso y que debemos reflexionar sobre ello, ¿cómo podemos dejar fuera de ese ejercicio reflexivo nuestra emocionalidad? Al contrario, yo entiendo que en este contexto no puede haber reflexividad que no pase por lo emocional, que no incorpore todas las vertientes de esa dimensión y sus múltiples intersecciones en las distintas fases del proceso y la experiencia de investigar.

Porque en última instancia, ¿acaso es posible hacer una etnografía sobre las emociones que no sea emocional, sin involucrarse emocionalmente? Me temo que no tengo LA-RESPUESTA. Lo que sí sé es que ése no es el trabajo de campo que yo realicé, ni la etnografía que quiero escribir.

Bibliografía

ACOBEB. (2011). Asociación de Cooperación Bolivia España. *La experiencia del retorno. Estudio del caso boliviano*. Madrid: ACOBEB.

- Ahmed, Sara. (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Baby-Collin, Virginie y Cortes, Genevieve (2014). Nuevos despliegues del campo migratorio boliviano frente a la crisis. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, N° 106-107, pp. 61-83.
- Baby-Collin, Virginie; Geneviève Cortes y Susana María Sassone. (2008). Mujer, movilidad y territorialización. Análisis cruzado de las migraciones internacionales en México y Bolivia. En Henri Godard y Godofredo Sandoval. (Eds.). *Migración transnacional de los Andes a Europa y Estados Unidos*. Lima: IFEA/PIEB/IRD.
- Baldassar, Loretta. (2008). Missing Kin and Longing to be Together: Emotions and the Construction of Co-presence in Transnational Relationships. *Journal of Intercultural Studies*, 29:3, pp. 247-266.
- Baldassar, Loretta. (2015). Guilty feelings and the guilt trip: Emotions and motivation in migration and transnational caregiving. *Emotion, Space and Society*, N° 16, pp. 81-89.
- Baldassar, Loretta y Laura Merla. (2014). *Transnational Families, Migration and the Circulation of Care: Understanding Mobility and Absence in Family Life*. London: Routledge.
- Bastia, Tanja. (2011). Should I stay or should I go? Return migration in times of crises. *Journal of International Development*, N° 23, pp. 583-595.
- Bastia, Tanja. (2014). La reproducción de las desigualdades de género en origen y destino: Un estudio transnacional a partir de las migraciones bolivianas. *Papeles del CEIC International Journal on Collective Identity Research*, vol. 2014/2, N° 110, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco.
- Behar, Ruth. (1996). *The Vulnerable Observer: Anthropology That Breaks Your Heart*. Boston: Beacon Press.
- Boccagni, Paolo y Loretta Baldassar. (2015). Emotions on the move: Mapping the emergent field of emotion and migration. *Emotion, Space and Society*, N° 16, pp. 73-80.
- Brooks, Ann y Ruth Simpson. (2013). *Emotions in Transmigration: Transformation, movement and identity*. Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Bryceson, Deborah y Vuorela, Ulla (2002). *The Transnational Family: New European Frontiers and Global Networks*. Oxford: Berg Publishers.
- Carling, Jorgen; Cecilia Menjivar y Leah Schmalzbauer. (2012). Central Themes in the Study of Transnational Parenthood. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 38:2, pp. 191-217.
- Carrasco, Cristina. (2001). La sostenibilidad de la vida. ¿Un asunto de mujeres? *Mientras Tanto*, 82, pp. 43-70.
- Clark, Rebecca L.; Jennifer E. Glick y Regina M. Bures. (2009). Immigrant Families Over the Life Course: Research Directions and Needs. *Journal of Family Issues*, vol. 30, N° 6, pp. 852-872.
- Colectivo IOÉ (2012). *Impactos de la crisis sobre la población inmigrante*. Madrid, España: OIM.

Conradson, David y Deirdre McKay. (2007). Translocal Subjectivities: Mobility, Connection, Emotion. *Mobilities*, 2:2, pp. 167-174.

De la Torre Ávila, Leonardo. (2014). Más notas sobre el retorno cíclico boliviano. Control y libertad en los proyectos de movilidad entre España y Bolivia. En Carlota Solé, Sonia Parella y Alisa Petroff. (Coords.). "Las migraciones bolivianas en la encrucijada interdisciplinar: evolución, cambios y tendencias". *Focus on International Migration*, N° 1, p. 125-151.

Fedyuk, Olena. (2009). Death in the Life of Ukranian labor migrants in Italy. *Migration Online*, pp. 1-20.

Fundación Encuentro (2011). *Inmigración y crisis económica: el verdadero examen de la integración*. Fundación Encuentro: Madrid.

Gadea Montesinos, Elena. (2012). España como destino de la migración boliviana. *Regiones, suplemento de antropología*, N° 47, pp. 27-30.

Hage, Ghassan (2005). A not so multi-sited ethnography of a not so imagined community. *Anthropological Theory*, vol. 5(4), pp. 463-475.

Hannerz, Ulf (2003). Being there... and there... and there!: Reflections on Multi-Site Ethnography. *Ethnography*, 4 (2), pp. 201-216.

Herrera Mosquera, Gioconda. (2013). "Lejos de tus pupilas": Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en Ecuador. Quito: FLACSO, Sede Ecuador – ONU Mujeres.

Hinojosa Gordonava, Alfonso; Liz Pérez Cautín y Guido Cortéz Franco. (2000). *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el norte Argentino*. La Paz: PIEB.

Hinojosa Gordonava, Alfonso. (2008). España en el itinerario de Bolivia. Migración transnacional, género y familia en Cochabamba. En Susana Novick. (Compiladora). *Las migraciones en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Hinojosa Gordonava, Alfonso. (2009). *Buscando la vida: Familias bolivianas transnacionales en España*. La Paz: CLACSO; Fundación PIEB.

Hochschild, Arlie Russell. (1983). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.

Hochschild, Arlie Russell. (2000). Global Care Chains and Emotional Surplus Value. En Will Hutton y Anthony Giddens (Editores). *On the Edge: Living with Global Capitalism*. Londres: Jonathan Cape.

Jones, Richard C. y De la Torre, Leonardo. (2011). Diminished tradition of return? Transnational migration in Bolivia's Valle Alto. *Global Networks*, 11(2), pp.180-202.

Leinaweaver, Jessaca B. (2010). Outsourcing Care: How Peruvian Migrants Meet Transnational Family Obligations. *Latin American Perspectives*, Issue 174, vol. 37, N° 5, pp. 67-87.

Ledo García, Carmen. (2014). Múltiples arreglos del hogar transnacional en la ciudad de Cochabamba. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, N° 106-107, pp. 105-128.

Luz, Catherine y White, Georges M. (1986). The Anthropology of Emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15, pp. 405-436.

- Marcus, George E. (1995). Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology*, 24, pp. 95-117.
- Martínez Buján, Raquel. (2015). Gendered Motivations for Return Migrations to Bolivia from Spain. *Journal of Immigrant & Refugee Studies*, 13:4, pp. 401-418.
- Oso Casas, Laura. (1998). *La migración hacia España de mujeres jefas de hogar*. Madrid: Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Parella Rubio, Sonia; Alisa Petroff y Olga Serradell Pumareda. (2014). Programas de retorno voluntario en Bolivia y España en contextos de crisis. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 106-107, pp. 171-192.
- Parreñas, Rachel S. (2001). *Servants of Globalization: Women, Migration, and Domestic Work*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Pedone, Claudia. (2006). *Estrategias migratorias y poder. 'Tú siempre jalas a los tuyos'*. Quito: ABYA-YALA-PMCD-AECI.
- Pedone, Claudia; Margarita María Echeverri y Sandra Gil Araujo. (2014). Entre dos orillas. Cambios en las formas de organización de las familias migrantes latinoamericanas en España en tiempos de crisis global. En María Eugenia Zavala De Cosío y Virginie Rozée Gomez (Coords.). *El género en movimiento. Familias y Migraciones*. DF México: Centro de Estudios Demográficos y Urbanos.
- Román Arnez, Olivia. (2009). *Mientras no estamos: Migración de mujeres-madres de Cochabamba a España*. Cochabamba: UMSS/CESU/CIUDADANIA/CIUF.
- Ryan, Louise. (2008). Navigating the Emotional Terrain of Families "Here" and "There": Women, Migrations and the Management of Emotions". *Journal of Intercultural Studies*, 29:3, pp. 299-313.
- Sassone, Susana M. e Isabel Yépez del Castillo. (2014). Crisis global y el sistema migratorio Europa-América Latina. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 106-107, pp. 13-38.
- Skrbis, Zlatko. (2008). Transnational Families: Theorising Migration, Emotions and Belonging. *Journal of Intercultural Studies*, 29:3, pp. 231-246.
- Svasek, Maruska. (2008). Who cares? Families and Feelings in Movement. *Journal of Intercultural Studies*, 29:3, pp. 213-230.
- Svasek, Maruska. (2010). On the Move: Emotions and Human Mobility. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 36:6, pp. 865-880.
- Turner, Jonathan H. y Jan E. Stets. (2005). *The sociology of emotions*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Wall, Karin y Claudio Bolzman. (2014). Mapping the New Plurality of Transnational Families: A Life Course Perspective. En Loretta Baldassar y Laura Merla. (Eds.). *Transnational Families, Migration and the Circulation of Care: Understanding Mobility and Absence in Family Life*. London: Routledge.
- Yeates, Nicola. (2004). Global Care Chains. *International Feminist Journal of Politics*, 6:3, pp. 369-391.
- Yépez del Castillo, Isabel y Mirko Marzadro. (2014). Entre crisis, agencia y retorno: vulnerabilidad de las migrantes bolivianas en Italia. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 106-107, pp. 129-149.

Odisea. Revista de Estudios Migratorios
Nº 3, 5 de octubre de 2016. ISSN 2408-445X

Wulff, Helena. (2007). *The Emotions. A Cultural Reader*. Nueva York: Berg.

Zentgraf, Kristine M. y Norma Stoltz Chinchilla. (2012). Transnational Family Separation: A Framework for Analysis. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 38:2, pp. 345-366.